

ARTÍCULOS DE TEMA FILOLÓGICO

LA EPÍSTOLA POÉTICA EN EL RENACIMIENTO: DIEGO HURTADO DE MENDOZA, UN EJEMPLO

VICTORIA GALVÁN GONZÁLEZ
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria
Facultad de Filología
Departamento de Filología Española, Clásica y Árabe

RESUMEN

El trabajo analiza un género particular de las letras renacentistas, la epístola poética. A partir de consideraciones generales, se comenta de forma detallada el texto de Mendoza. El análisis tiene en cuenta la relación intertextual entre el autor y la epístola VI de Horacio. Otro aspecto es la relación con Séneca. Aparte se comenta la presencia de elementos de la cosmovisión renacentista.

1. LA EPÍSTOLA POÉTICA

“La recuperación de elementos pretéritos perdidos, extraviados u olvidados —‘reaching out into the past’, según René Wellek— es sin duda la característica de la historia de la literatura occidental.”¹

Estas palabras de Claudio Guillén subrayan la concepción de la historia de la literatura como una superposición de continuidades y discontinuidades, como un continuo trasvase de estructuras interhistóricas.

Asistimos a relaciones incesantes de analogías, variaciones, recuperaciones, intermitencias y contraposiciones.

En un texto literario se revelan filiaciones culturales, herencia voluntaria que el escritor asume en un diálogo con el pasado. El texto nunca se presenta aislado, ni

¹ C. GUILLÉN. “De la interhistoricidad”, *Teorías de la historia literaria*, 1.ª ed., Espasa Calpe, Madrid, 1989, p. 289.

el análisis ha de emprenderse considerándolo como entidad autosuficiente. Es el caso de nuestra epístola.

El Renacimiento nos ofrece un claro ejemplo de recuperación de un legado cultural. El arte emprende la reescritura del pasado de forma consciente. Imprescindible es en esta reelaboración el concepto de imitación en las poéticas renacentistas. El creador parte de unos modelos preexistentes.

En el redescubrimiento del pasado grecolatino, nos encontramos con una figura señera en el campo de la literatura, Horacio. Rescatado por Petrarca, su presencia es inexcusable en el Renacimiento, en oposición a su escasa proyección en las letras medievales. Es un poeta, en palabras de Menéndez Pelayo², en cierto sentido moderno.

Entre las diversas formas líricas cultivadas por el poeta de Venusa, la epístola ocupa una posición privilegiada en las expectativas renacentistas. Asimismo, su sencilla filosofía, que conecta con la línea senequista de honda raigambre en este período.

El género epistolar fue profusamente cultivado en la primera mitad del siglo XVI. Claudio Guillén³ recuerda siete variaciones en la epistolografía de la época: la carta latina; la carta en prosa en lengua vernácula; la epístola en versos latinos; la epístola poética en lengua vulgar; la tradición de la teoría de la carta; los manuales de correspondencia o de “cartas mensajeras” y, finalmente, las cartas intercaladas en diferentes géneros literarios.

Es evidente la consagración del género, tanto en prosa como en verso. Al respecto Antonio Prieto afirma que “el resultado es que la epístola, casi como el diálogo, se constituye en un sistema de comunicación literaria ampliamente cultivado en la cronología renacentista,(...)”⁴. Piénsese en las epístolas de Luisa Sigea o de Antonio de Torquemada.

La epístola horaciana, núcleo de estas páginas, se inserta en el marco de la epístola poética en lengua vulgar. Las fronteras de la misma son imprecisas. Constituye un tipo de poesía próximo al ensayo en prosa.

Por otra parte, no se incluye ni en la épica ni en la lírica. Sin olvidar su inserción en la órbita del diálogo, otro género preferente en la cultura renacentista. El emisor de la carta conversa con el amigo ausente; se pone de manifiesto, por tanto, la dificultad para delimitar sus contornos. La no concepción del género como entidad formal aislada y el incesante entrecruzamiento entre géneros explicarían esta inconcreción.

El género se conforma en la primera mitad del siglo. El primero en introducirlo fue Garcilaso en 1534. Le siguen Boscán y Diego Hurtado de Mendoza en 1540. Las tres epístolas marcan las pautas fundacionales.

² M. MENÉNDEZ PELAYO. *Horacio en España*, 1.ª ed., Imprenta de A. Pérez Dubrull, Madrid, 1885, vol. II, p. 8.

³ C. GUILLÉN. *Op. cit.*, pp. 294-296.

⁴ A. PRIETO. *La prosa española del siglo XVI*, 1.ª ed., Cátedra, Madrid, 1986, vol. I, p. 72.

2. LA EPÍSTOLA DE HURTADO DE MENDOZA A BOSCÁN

Centrándonos en el texto, el conocimiento por parte de Hurtado de Mendoza de los metros italianos le insta a escribir a su amigo Boscán una epístola en tercetos encadenados. Elección que lo distancia de Garcilaso, quien prefirió los versos sueltos para su texto. Esta forma métrica se había erigido en cauce formal idóneo para la poesía didáctica y disertativa desde Dante. Es el metro apropiado para el tono grave de la epístola.

La composición se inicia con una evidente relación de intertextualidad con la epístola horaciana “Nil admirari prope res est una, Numici”, donde se expresa la futilidad de la turbación ante los avatares de la existencia. Nada debe alterarnos, lo esencial es la imperturbabilidad y la serenidad para alcanzar la felicidad. El texto horaciano reza: “No perturbarse por nada Numicio, es la única cosa que puede hacernos y mantenernos felices”⁵. Y en Mendoza leemos:

El no maravillarse hombre de nada
me parece, Boscán, ser una cosa
que basta a darnos vida descansada⁶

Estos versos reflejan la intencionalidad del autor de ceñirse al modelo horaciano. Especificidad que explica la construcción del texto. Pues, el contenido, así como el tono y el lenguaje obedecen a la producción horaciana.

Asimismo, se evidencia en las coordenadas ideológicas la huella de Séneca, otro autor latino presente en las letras renacentistas.

La mención del destinatario de la carta, Boscán, en el segundo verso nos evoca la importancia del tema de la amistad, con conexiones en el mundo clásico. Es, por otra parte, característica singularizadora del género, como constata Elías Rivers⁷.

La epístola se presenta como una reflexión sobre el existir y la búsqueda del equilibrio, tal y como procede Horacio en la citada epístola. Este hilo conductor aparece entreverado por *topoi* e imágenes de la cosmovisión renacentista, como comprobaremos en las presentes páginas.

En la segunda estrofa nos encontramos con la recreación del famoso tópico “tempus fugit”: “Este tiempo que huye por momentos”⁸. Fugacidad que hacía pronunciar a Horacio:

⁵ HORACIO. *Obras completas*, ed. de A. Cuatrecasas, 1.ª ed., Planeta, Barcelona, 1986, p. 277, vv. 1-2.

⁶ D. HURTADO DE MENDOZA. *Obras poéticas de Juan Boscán*, ed. de Martín de Riquer, A. Comas, J. Molas, 1.ª ed., Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Barcelona, Barcelona, 1957, p. 342, vv. 1-3.

⁷ E. RIVERS. “The Horatian Epistle and its introduction into Spanish Literature”, *Hispanic Review*, XXII, 3, 1954, pp. 175-194.

⁸ D. HURTADO DE MENDOZA. *Op. cit.*, p. 342, v. 5.

¡Ay, Póstumo, Póstumo!
 Los años transcurren fugaces
 y la piedad no ofrece dilación a las
 arrugas y a la inminente vejez
 ni a la implacable muerte.⁹

Y a Séneca en sus epístolas a Lucilio:

Por lo tanto
 querido Lucilio,
 haz lo que me
 dices que estás haciendo: acapara todas
 las horas. Así sucederá que estés menos
 pendiente del mañana, si te has aplicado
 al día de hoy.
 Mientras aplazamos las decisiones, la
 vida transcurre.¹⁰

Los ejemplos de la ascendencia y perduración del tópico podrían multiplicarse, es lo que Claudio Guillén llama temas de larga duración, que llegan a automatizarse, sin modificar su sentido con el transcurso del tiempo.

La epístola sigue en gran parte la estructuración del pensamiento del poeta latino. La diferencia esencial es la condensación del texto de Horacio frente al de Mendoza, el cual recurre a la amplificación. Así, comprobamos como en el primero se suceden con rapidez las alusiones a los que observan los fenómenos naturales sin inmutarse, la interrogación sobre los bienes de la tierra y de qué manera interpretarlos, que ocupa sólo diez versos.

Por el contrario, en Mendoza se desarrolla en los ocho primeros tercetos. La morosidad de su discurso se aviene con el tono grave y sentencioso que impregna sus versos.

Por otra parte, se detiene en la recreación de un tópico renacentista:

¿Qué dices del
 que por subir
 padece/
 la ira del sobervio cortesano
 y el desdén del privado cuando
 crece?¹¹

Es el menosprecio de la corte, y la alabanza de la aldea que pospone para versos ulteriores. Tema repetido e identificado con la cultura renacentista, convertido en signo de las aspiraciones cortesanas.

⁹ HORACIO. *Op. cit.*, p. 61, vv. 1-5.

¹⁰ SÉNECA. *Epístolas morales a Lucilio*, 1.ª ed., Gredos, Madrid, 1986, vol. I, p. 96.

¹¹ D. HURTADO DE MENDOZA. *Op. cit.*, p. 342, vv. 13-15.

Por tanto, nos interesa el *topos*, utilizando las palabras de Claudio Guillén:

“no como realidad textual, banal y socorrida, sino como signo: es decir, como reconocimiento de un conjunto cultural, de una *longue durée*, con la que el escritor enlaza activamente y se declara solidario.”¹²

Se evidencia, asimismo, la veta satírica, acentuada en los versos restantes de la epístola, como cuando rechaza la avaricia y la acumulación de riquezas. La sátira es inherente a la epístola horaciana. Esta condición será remarcada por un preceptista como Cascales¹³. La polaridad epístola- sátira es permanente, como constatamos en los versos de Garcilaso cuando rememora en su carta a Boscán el camino de Francia y sus posadas, no ciertamente con alegría.

Por otra parte, las referencias al “sobervio cortesano” y al “privado” se insertan en el marco de la cultura renacentista.

Tras las interrogaciones, se pregunta, con escepticismo, cómo entender “las cosas altas y a las que son menos”¹⁴, a la par que Horacio dirá: “¿De qué manera y con qué sentimientos y talante crees que debe mirarse todo eso?”¹⁵. En la misma idea, en los versos siguientes aflora la terrible duda acerca del sentido del vivir. Considera que tanto esta tierra como la otra nos esconde sus secretos, creando la confusión. Un cierto pesimismo aflora en estos versos, anunciando el desengaño.

A continuación, entre los vv. 25-39, el motivo medular lo constituye la imperfección de los actos humanos, en relación al miedo y al dolor que sufren los que temen y desean bienes materiales. En ambos autores el contenido es similar. Así en Mendoza leemos:

El que teme y dessea están sugetos
a una misma mudança, a un sentimiento:
d'entrambos son los actos
imperfetos.¹⁶

Y en Horacio:

El que teme lo contrario de esos bienes se conturba casi/
del mismo modo que el que los desea. El miedo angustia al/
uno y al otro. La posibilidad de algún imprevisto aterra a/
ambos por igual.(...).¹⁷

¹² C. GUILLÉN. *Entre lo uno y lo diverso*, 1.ª ed., Crítica, Barcelona, 1985, p. 276.

¹³ A. GARCÍA BERRIO. *Introducción a la poética clasicista*, 1.ª ed., Taurus, Madrid, 1988, p. 333.

¹⁴ D. HURTADO DE MENDOZA. *Op. cit.*, p. 342, v. 20.

¹⁵ HORACIO. *Op. cit.*, p. 277, vv. 7-9.

¹⁶ D. HURTADO DE MENDOZA. *Op. cit.*, p. 343, vv. 25-27.

¹⁷ HORACIO. *Op. cit.*, p. 277, vv. 10-13.

En ambos autores la similitud de contenido es obvia. La variación se encuentra en la mayor cobertura hacia la ambigüedad en Mendoza, por una intensificación de la abstracción. Rasgo este último, por otra parte, característico de las epístolas morales. En la escritura se tiende a la utilización de sustantivos indefinidos y partículas indeterminadas. Se generaliza y concreta, en ese orden, pero sin particularizar. Pues al igual que el escritor satírico, se han de corregir en abstracto los vicios y las conductas contraproducentes.

Sigue la referencia a la virtud, donde es manifiesta de nuevo la reproducción de ideas horacianas. La práctica hipertextual dominante es la imitación seria, pues el modelo prescribe el perfil del texto resultante. El ejercicio mimético se concreta en el plano temático. La transformación se aprecia en el nivel formal y en la introducción de *topica* renacentistas. Mendoza realiza una operación de extensión al insertar elementos ausentes del texto horaciano.

La mención del destinatario sirve para cambiar el giro de la epístola y dar entrada al tema de la Naturaleza y sus maravillas, siguiendo también en ello a Horacio:

Ve pues; contempla la plata y los
mármoles antiguos, los broncees y las
obras de arte; admira los/
colores tirios y las piedras
preciosas;¹⁸

Es, por otra parte, remedo del tópico de la Naturaleza productora y generadora de la belleza:

Admírate, Boscán, de la riqueza,
del rubio bronce, de la blanca piedra,
entallados con fuerza y sotileza.¹⁹

En esta parte del texto logra Mendoza una intensificación del referente, frente a la sobriedad horaciana, por el recurso al epíteto, en la línea garcilasista. Se manifiesta esto en el empleo de adjetivos de color brillante y luminoso: rosado, verde, transparente, roxo, claro, rubio, blanca.

En este pasaje, concretamente en los vv. 61-66, advertimos la amalgama del pensamiento estoico y epicúreo, presente en Horacio. Al respecto Karl Alfred Blüher afirma:

“Ahora bien, es cosa sabida que más que nadie Horacio celebra en algunas de sus Epístolas y Odas un estilo de vida que revela ciertos toques estoicos al lado de elementos epicúreos.”²⁰

¹⁸ Idem. vv. 19-21.

¹⁹ D. HURTADO DE MENDOZA. *Op. cit.*, p. 343, vv. 46- 48.

²⁰ K. A. BLÜHER. *Séneca en España*, 1.ª ed., Gredos, Madrid, 1983, p. 299.

“En Mendoza, como en Horacio, la tranquilidad del alma está descrita con rasgos tanto estoicos como epicúreos y se completa con el pensamiento de la ‘aurea mediocritas’”²¹.

Por tanto, se propugna el goce de la belleza física, pero con cierta medida y contención.

Se suceden tres estrofas en las que el autor refiere la complicidad escritor-lector. Resalta el poder manipulador y sugerente de la palabra, así como la conciencia de la existencia del lector: “admírente mil hombres que escuchando/ tu canto stán...”²²

En el marco moralizante de la epístola Mendoza introduce la censura de la acumulación de riquezas y de dinero. La mentalidad estoica subyace en estos versos, relacionándose con las palabras de Séneca a Lucilio en su defensa de la pobreza:

“Si quieres consagrarte a tu alma, es necesario que seas o pobre o semejante al pobre. Este empeño no puede resultar provechoso sin la práctica de la frugalidad; mas la frugalidad es una pobreza voluntaria”²³.

En Mendoza y en Séneca la riqueza no garantiza una vida feliz. Pero en Mendoza el sentido es más bien el de la igualdad ante la muerte.

El contenido moral de la epístola se proyecta en una alternada sucesión de interrogaciones y frases cadenciosas. Se repiten, además, los momentos climáticos y anticlimáticos.

Propone, pues, Mendoza en estos versos un modelo de vida frugal y sencillo, inspirado en Horacio, como comprobamos a continuación:

La preocupación y el afán de mayores riquezas
sigue al dinero a medida que aumenta;
con razón, Mecenas, gloria de los caballeros,
tuve horror
de alzar una cabeza que atrajese las miradas.
Cuantas más cosas se ha negado uno a sí mismo
tantas más vendrán de parte de los dioses:
desnudo, busco el campo de los que nada desean
y, tráfuga de los ricos, ardo en deseos
de abandonar su territorio.”²⁴

Otro poeta horaciano del siglo XVI, Francisco de Medrano, dirá:

²¹ Idem, p. 302.

²² D. HURTADO DE MENDOZA. *Op. cit.*, p. 344, vv. 70-71.

²³ SÉNECA. *Op. cit.*, p. 164.

²⁴ HORACIO. *Op. cit.*, p. 93, vv. 17-25.

Si con poco nos basta, ¿por qué Argío,
por qué no —y animoso yo, y prudente—
mi breve censo estimaré igualmente
que de América el ancho señorío?²⁵.

Progresivamente los versos adquieren un matiz grave, especialmente a partir del v. 88. Expone que los cuidados concedidos al cuerpo también son importantes. En el centro de sus atenciones encontramos la lucha por el sosiego tanto físico como moral. Esta preocupación la hallamos a su vez en Séneca, quien aconseja a Lucilio:

“Así, pues, cultiva principalmente esta salud, y en segundo lugar la del cuerpo, que no te costará gran esfuerzo si deseas encontrarte bien.”²⁶

El instrumento imprescindible para aprehender los objetivos propuestos es la virtud, palabra clave. El recurso aquí utilizado es la personificación (vv. 94-102) con lo que la admonición resulta más efectiva. La virtud se transmuta en soldado, que no teme enfrentarse a las batallas más peligrosas. Las metáforas empleadas se inscriben en el marco bélico: “saetas venenosas” (v. 95); “batallas peligrosas” (v. 97).

Advertimos en estos versos la apología de un ideal humano. Su caracterización es pergeñada con enumeración de aquellos elementos censurables, como la riqueza, grandeza, pericia militar o ambición de poder. Versos en los que nuevamente resuenan los ecos de Séneca, en su exhortación a Lucilio por la senda de la pobreza y la humildad.

Con una evidente función contrastiva, incorpora a continuación versos exponentes del ideal enunciado. Esto es, aceptación de su suerte, satisfacción con sus limitaciones. No ansía bienes ni poderes. Su dicha consiste en vivir medianamente y de forma razonable.

El pensamiento horaciano vuelve a estar presente en estos versos, aunque ya en esta parte se distancie de la epístola VI. Compruébese en los siguientes versos de ambos:

En qualquier medio bive satisfecho,
procura de ordenar (en quanto puede),
que entodo la razón vença al provecho²⁷.

El que prefiere un feliz término medio
ni, prudente, tiene la sordidez de un techo miserable
ni, más austero, posee una mansión envidiable²⁸.

²⁵ F. DE MEDRANO. *Poesía*, 1.ª ed., Cátedra, Madrid, 1988, p. 251, vv. 1-4.

²⁶ SÉNECA. *Op. cit.*, p. 155.

²⁷ D. HURTADO DE MENDOZA. *Op. cit.*, p. 346, vv. 127-129.

²⁸ HORACIO. *Op. cit.*, p. 56, vv. 4-6.

La máxima, compendio de esta filosofía, puede concretarse en el v. 127; que nos evoca los futuros versos de Fernández de Andrada:

Una mediana vida yo posea,
un estilo común y moderado
que no lo note nadie que le vea ²⁹.

Triste de aquel que vive destinado
a esa antigua colonia de los vicios,
augur de los semblantes del privado ³⁰.

La exposición de su pensamiento ocupa estratégicamente el centro de la epístola; que por otra parte, resulta de una extensión considerable, doce estrofas en total. Explica con detalle su ideal de conducta humana, que se resume en una vida ecuánime sin sobresaltos.

Necesario es traer a colación las palabras de Séneca en sus epístolas:

“Es propio de un alma grande menospreciar lo grandioso y preferir la moderación a la desmesura.” ³¹

Séneca propone a Lucilio una vida plegada hacia el interior y regida por los designios de la razón. Por ello, defiende en todo momento el término medio, el equilibrio, el rechazo de los extremos, que extiende incluso al estilo literario.

La epístola se transfigura en discurso expresivo del yo poético a partir del v. 160. Hasta aquí la voz del enunciado poético había sido la segunda o tercera persona, propio de un texto de carácter moral. Pero la emoción parece sobrecoger al sujeto lírico.

La proyección de sus anhelos y deseos más íntimos emerge en esta parte. La introspección cede a la exposición. Recurre para ello a formas verbales más acordes, como el imperfecto de subjuntivo y la forma condicional.

Son evidentes las referencias autobiográficas, aunque insertas en el lugar común del hombre de ciudad que ansía el descanso y el apartamiento: “libre de las mareas del gobierno/ y de la loca esperanza desabrida” ³².

En las estrofas sucesivas (-vv. 195) notamos la evocación de la alabanza del campo, de la vida sencilla y rústica. Parece remedar el “Beatus ille”: “Ardería mi fuego en el invierno,/ contino y claro, y el manjar sería/ más rústico, pero más dulce y tierno” ³³. La recurrencia del asunto en Boscán es significativa de la comunidad intelectual entre los poetas renacentistas:

²⁹ D. ALONSO. *La “Epístola moral a Fabio”, de Andrés Fernández de Andrada*, Gredos, Madrid, 1978, p. 21, vv. 172-174.

³⁰ *Idem.*, p. 17, vv. 52-54.

³¹ SÉNECA. *Op. cit.*, p. 250.

³² D. HURTADO DE MENDOZA. *Op. cit.*, p. 347, vv. 170-171.

³³ *Idem.*, p. 348, vv. 172-174.

Veremos al entrar la mesa puesta,
y todo con concierto aparejado,
como es uso de casa bien compuesta³⁴.

La vida rústica se reduce a unas notas bien simples: manjares sencillos, ocupaciones propias de un campesino (cuidado del ganado y cultivo de la tierra), el vino y la conversación con los labradores. Constatamos, pues, la aceptación del poeta de los imperativos de los tópicos vigentes. Con ello, lleva a cabo una creación literaria correcta, según marcan los cánones.

Recreaciones literarias del mismo motivo se perciben en otros creadores del Renacimiento, como es el caso de Antonio de Guevara:

“¡Oh felice vida del aldeano, el cual no se levanta con cuidado de madrugar al consejo, de ir a las diez a palacio, de contentar al portero, de acompañar al presidente, de aguardar al privado, de estar al comer del rey (...). En lugar destes cuidados, tiene el aldeano otros pasatiempos, es a saber: oír balar las ovejas, mugir las vacas, cantar los pájaros...”³⁵

Es el ocio del virtuoso que prefiere el retiro en un espacio campestre, utópico, frente al bullicio de la corte. Desde el humanismo italiano se convierte en anhelo del sabio para así dedicarse a las tareas creativas. Numerosos creadores de la literatura áurea reflejan la tensión corte-aldea. El lugar apartado se erige en símbolo de una utopía; espacio utópico donde el cortesano cifra todas sus esperanzas de paz interior y donde todos los sueños son alcanzables.

Por otra parte, revela en la epístola otra aspiración netamente cortesana como es el intento de ascender literariamente la rica tradición popular, con una función animadora. Tal intención se trasluce en su atención a los labradores, a “sus cuentos, sus donayres, sus sentencias”³⁶. Al respecto Antonio Prieto declara que “con las facecias y dichos se descargaba la tensión de los estudios y pensamientos graves”³⁷.

La producción literaria de Mendoza es fiel reflejo de la variedad con una función animadora. Así encontramos composiciones amorosas al estilo petrarquista o poemas como la epístola “A una dama vieja” o la “Elegía a la pulga”.

La emoción lírica irrumpe en el texto en los vv. 211-243, provocando una ruptura con el tono disertativo y exhortativo de los versos precedentes. La destinataria de su cancionero amoroso, *Marfira*, se convierte en el núcleo de esta parte de la epístola.

Reproduce los rasgos esenciales de todo cancionero de corte petrarquista. Esto

³⁴ E. RIVERS. *Poesía lírica del Siglo de Oro*, 1.ª ed., Cátedra, Madrid, 1984, p. 45, vv. 313-315.

³⁵ A. DE GUEVARA. *Menosprecio de corte y alabanza de aldea. Arte de marear*, 1.ª ed., Cátedra, Madrid, 1984, p. 178.

³⁶ D. HURTADO DE MENDOZA. *Op. cit.*, p. 348, v. 193.

³⁷ A. PRIETO. *Op. cit.*

es, un amante desdeñado y sumiso; una amada cruel e impasible a los ruegos del sincero amante; hermosura de la dama; juramentos de amor incondicional y evidente cautiverio por parte del amante.

El poeta entabla un diálogo con la amada ausente, presente por obra de la palabra poética. Lo corroboran sus declaraciones:

¡O si —lo que mi alma no adevina—
la que aora me persigue y de mí huye,
y en quererme dañar es tan continua,
con aquella passion que me destruye
tornada en compassión, y su cruel yra
en mansedumbre, que ella más rehuye,
se hallase presente! ¡O tú, Marfira,(...) ³⁸

Los versos se tiñen de un tono lacrimoso y angustiado plasmado en ruegos y desideraciones. De ahí, la profusión del signo de exclamación, así como los contrastes.

Otro tópico de considerable difusión en esta época es el “locus amoenus”, recreado en los vv. 229-240. El paraje ideal, propio para el reposo, se resume en Mendoza en: el sabroso olor de la campaña, las flores nuevas y suaves, el dulce canto de las aves, la verde arboleda, las limpias aguas y las frutas al alcance de la mano. La naturaleza convencionalizada representa el ideal de perfección, presente en la literatura renacentista; ideal que en Mendoza se une al deseo amoroso.

Retoma en el v. 241 la invocación a Marfira con una clara función de cierre a este apartado amatorio. Reanuda la plática con el amigo. Concreta aquí sus aspiraciones de medianía, que en Mendoza se materializan en un espacio adecuado, es decir, la aldea o el lugar ameno, y además la compañía de los buenos amigos y de la amada.

Muestra, también, su rechazo a las vanidades y ambiciones del mundo, en consonancia con Horacio en sus escritos y en la línea de Séneca, quien aconseja el retiro y la soledad para alcanzar la sabiduría y la paz interior.

Cierra la epístola con los obligados versos conclusivos, que resumen el contenido de la obra:

Yo, Boscán, no procuro otro tesoro
sino poder vivir medianamente,
ni escondo otra riqueza ni otra adoro ³⁹.

La epístola ofrece en conjunto una estructura constituida con yuxtaposiciones de fragmentos reflexivos, desiderativos, así como la sección amatoria. Se evidencia, por otra parte, el recurso a motivos horacianos, más acentuados al comienzo del texto que al final.

³⁸ D. HURTADO DE MENDOZA. *Op. cit.*, p. 349, vv. 211-217.

³⁹ *Idem*, p. 351, vv. 269-270.

En cuanto al estilo encontramos en Mendoza una expresión sobria sin alambicamientos ni malabarismos formales. En esto se aproxima a Horacio y a Séneca. Este último en sus mencionadas epístolas recomienda: “Como mi conversación, si juntos estuviéramos sentados o caminando, resultaría sencilla y ágil, tales quiero que sean mis epístolas en las que nada hay de rebuscado o falso”⁴⁰.

La novedad del texto, ya que en el contenido responde a la tradición clásica, en su mayor parte, reside en el molde en que vierte Mendoza sus razonamientos, es decir, en un metro y una estrofa importados de la cultura italiana, como es característico de esta primera mitad del siglo XVI.

Por otra parte, la relación con Garcilaso se evidencia en la escritura de la epístola. Concretamente en la preferencia por cierto léxico y determinadas figuras retóricas. Asimismo, en el tratamiento del tema amoroso, que se aproxima a las composiciones dedicadas a Isabel Freyre.

⁴⁰ SÉNECA. *Op. cit.*, pp. 440-441.